

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 10 DE JUNIO DE 1923

NÚM. 20.080

AFORISMOS Y DEFINICIONES



BIEN, ¿y qué es eso de la sociología? — podemos preguntarnos. Y recordar lo de aquel cate-drático que se creía escolástico y que hacía contra la so-ciología la objeción, para él de gravísi-mo peso, de que ha tenido que denomi-narse con una palabra hí-brida, compuesta del latín *socius* y del griego *logia*. Eso de *sociología* parecía casi tan absurdo como lo de *burocracia*, sin percatarse de que fueron los escolásticos, a los que él decía pertenecer — sin conocerlos, ¡claro! —, los inventores de esas pala-bras bárbaras.

Y ¿cómo le llamaríamos, si no, a la sociología? ¿Acá-so *demología*? Así entraría el *demo*, o pueblo, de dema-gogia y democracia. Sin que se nos pueda argüir que la categoría de sociedad es más extensa, — y menos compren-siva, por lo tanto — que la de pueblo, ya que cabe hablar del pueblo de las hormigas y del pueblo de las abejas. Republicano el uno y mo-nárquico el otro, según di-cen los naturalistas antro-pomorizantes. Mas de esto trataremos aparte, al hablar de la monarquía de las abe-jas y de si es la reina o son los zánganos los que en ella reinan sin gobernar. «Re-pública» llamó Don Quijote a la de las «solicitas y dis-cretas abejas», y ya diremos por qué la llamó así, aun sabiendo que tienen reina.

¿Qué es eso de la sociolo-gía? ¿Cualquiera lo sabe! Só-lo nos atrevemos a hacer una proporción, diciendo que la sociología es a la historia lo que la pedagogía es a la educación. Y no decimos a la psicología porque todas las logías nos parecen igual-mente enrevesadas. Y habría que empezar por definir la *logología*. Que acaso no es sino lo que se llama la filo-logía.

En cuanto se anuncia una conferencia sociológica ya vamos dispuestos a divertir-nos. Allí la historia no sirve mas que para suministrar ejemplos. Y luego viene la estadística. Es el triunfo del sistema métrico decimal, del kilo con *k*. Ahora, que el pueblo, que no tiene noción ni de la medida ni del tiem-po ni del espacio, se queda en ayunas.

Nos contaba un ingeniero agrónomo, empleado en el catastro rústico, lo que le

costaba el conseguir que en ciertos pue-blos le diesen medidas superficiales de las tierras de cultivo. Para ellos, diez, doce o veinte fanegas no eran fanegas de extensión superficial, sino fanegas de valor, fanegas de sembradura. Una tie-rra buena que admitiese doble semilla que otra, la presentaban como teniendo doble extensión. Y ni lo rectificaban, ha-ciéndoles ver que así se perjudicarían, porque habría de aparecer el terreno bueno mucho más que el malo. Pero ¿es que no tenían razón los campesinos?

¿Es que un terreno arenoso, en el que cueste andar, no es más largo que otro más sólido? ¿Es que no hay leguas, cor-tas y largas? Se ha querido remediar es-to de las leguas cortas y largas con los kilómetros, ya que éstos, gracias a su *k* sobre todo, no son de tira y afloja. Pe-ro ha venido Einstein, y donde se apli-caba la extensión nos ha introducido el valor o la valencia. ¡Y adiós metro y adiós línea recta! Y adiós todo lo métri-co y rectilíneo, como suele ser la socio-logía.

¿Pero si no cabe definir la sociología, no definiremos la demología? Para ello habría que definir antes el *demo*, o pue-blo, y cualquiera define a éste, al pue-blo, sobre todo si es soberano! ¿Qué es el pueblo? Eso es como preguntar qué es el proletariado o qué es la burguesía. Términos que sólo cabe emplear artísti-camente, con intención retórica y para un fin práctico, y aun mejor, humorísti-camente. Humorísticamente, sí; *burgués*, como *filisteo*, se siente lo que quiere dec-ir. Se siente; pero no es posible defi-nirlo. Como no se puede de-finir lo que es *romántico* ni lo que es *castizo*. Y es que la historia no se define, si-no que se indefine. No hay mejor modo de definir la Revolución francesa que con-tarla.

En el fondo es que se quie-re exponer cuantitativamen-te, por estadística, lo que es, no sólo en absoluto incon-mensurable, sino puramente cualitativo, lo que es cosa de dirección. En matemáticas se nos dice que el orden de factores no altera el produc-to, y que si $ab = c$ será tam-bién $ba = c$; pero en la lí-neas $a - b$ no es lo mismo la dirección de a hacia b que la dirección de b ha-cia a . Se nos dirá que si la dirección ab se nos aparece de izquierda a derecha no hay sino dar la vuelta al pa-pel, mirarlo del revés, y re-sultará de derecha a izquier-da, y que hasta en la histo-ria podemos mirar los suce-sos del revés. Es el proble-ma del huevo y la gallina. Y como una línea, una di-rección histórica, no es ho-mogénea, no es reversible. El tiempo, dicen, no se re-vierte. Pero, ¿de veras? ¿No sucederá, acaso, que al ter-minar de arrollarse la histo-ria, como se va arrollando del enjullo del pasado hacia el del porvenir, cambie de di-rección y empiece a arrollar-se en sentido opuesto, del porvenir al pasado, y que toda la trama de la vida sea el vaivén de una lanzadera en el telar de Dios? Y todo ello un movimiento en círculo.

En nuestras esferas de re-ló de tornea va la aguja del minuterio de izquierda a de-recha, y hacia abajo desde las XII a las III; luego, de derecha a izquierda, y hacia abajo también, de las III a las VI; de derecha a izquier-da, y hacia arriba, de las VI a las IX, y de izquierda a derecha, y hacia arriba, de las IX a las XII; cuatro di-recciones y una sola direc-ción. Y a propósito: si vie-ran ustedes en las ruinas de una torre un signo así: ∞ , ¿se les ocurriría pensar que



LA EDAD DE ORO, POR ADOLFO OBERLAENDER

son las VI de un reloj, que, invertidas, suelen representarse? Pues el dar, desde luego, en que esas son las VI de un reloj supone que el sentido matemático no ha ahogado en nosotros al sentido histórico. Y suelen meterse a sociólogos los que, horros de todo sentido histórico, se ven perplejos cuando se encuentran con una IA. Suponen que al segundo signo le falta un travesaño, que es una A sin él, y se ponen a cavilar sobre lo que quiera decir el IA. Una cosa así como los fonetistas en lingüística, que suelen tropezar en las transformaciones de sentido.

A un amigo nuestro, por ejemplo, se le antojó que así como desbarajustar

se ha hecho del cruzamiento de desbarajar con desajustar, y apretujar del de apretar con estrujar, si escatimar no será un cruce de escamar con estimar. Fuése con su hipótesis a un filólogo de sistema métrico decimal, fonetista, estadístico y cuantitativo, y le contestó que no veía la relación entre escamar y escamarse y escatimar. Nuestro amigo, que es, como el pueblo, poeta, y que está habituado a inventar metáforas, no logró convencerle de la probabilidad de esa relación estética a un hombre que le pedía documentos. Y es que nuestro amigo es un historiador, y el filólogo a quien acudió es un sociólogo.

Le preguntábamos una vez a un estu-

dante de lógica, que andaba con eso de la extensión y la comprensión de los conceptos y que nos decía lo que le enseñaron, que el concepto de Ser o Cosa es el más extenso y menos comprensivo, cuál sería el más comprensivo y el menos extenso, y después de dar mil vueltas, no acertó con que es el concepto histórico del Universo, o sea la Historia del Universo, el Universo en su pasado, presente y porvenir, o sea en Dios; Dios más bien. «Pero eso es a la vez—nos dijo—lo más extenso?» «Y lo más profundo»—le contestamos.

Ahora podríamos extendernos, es decir, profundizar, explicando cómo si lo sociológico es discutir una teoría—la del

salario, la del contrato social, la de la soberanía—, lo histórico es discutir, y aun mejor que discutir, triturar una persona concreta e individual. El que en política no personaliza, no individualiza más bien, es que carece de sentido histórico.

Demóstenes no perdió el tiempo en disertar sobre la tiranía, sino que atacó a Filipo de Macedonia. Y el que quiera aprender política hará mejor en leer la historia de la guerra del Peloponeso, que para siempre trazó Tucídides, que no la República de Platón. Era en Tucídides, y no en Platón, donde Demóstenes estudiaba.

Miguel de UNAMUNO

INTERMEZZO.-RAPSONDIA FILOSÓFICA

ENOJOSAS ocupaciones profesionales han absorbido mis horas de estudio y de trabajo en esta última quincena de mayo; y no me ha quedado tiempo para ordenar un nuevo capítulo de mis impresiones de tierras itálicas ni uno de mis comentarios de lector. Por esto voy a dedicar mi conversación de hoy a un pequeño *scherzo* filosófico, de filosofía *sin saberlo*, al modo de monsieur Jourdain...

No pude asistir, como hubiera deseado, a la visita al poeta Antonio Machado, mi ilustre compañero de profesión, a cuyo retiro de Segovia llevaron algunos amigos un homenaje de admiración y cariño. Pero voy a dedicarle, como asociación a aquella jornada de afecto, mi comentario de hoy, glosando una nota de mis cuadernos de juventud, análoga a otro concepto que vi también, hace algunas semanas, en un verso de Machado, inserto en el semanario *España*.

Dice mi nota juvenil: «Quiero invertir, paradójicamente, el principio cortesiano: *Cogito, ergo sum*. Pienso, luego existo.—Yo digo, inversamente: *Cogito, ergo non sum*. Pienso, luego no existo.»

No intento abandonarme ahora al monólogo de Hamlet, laberinto enloquecedor del espíritu. Pero es útil someter a revisión los pensamientos inmortales. Las ideas fecundas tienen sexo, y el deber de todo hombre pensador es fecundarlas. No debemos respetar las ideas ajenas, sino poseerlas, *conocerlas*, en todo el profundo sentido etimológico de la palabra, tan vivo en el texto bíblico. Así podremos fecundarlas para que nos den hijos, o más propiamente, *hijas*, capaces también de ser fecundadas.

Pienso, luego no existo... ¿No será ésta la verdadera fórmula de la conciencia? ¿Cómo llegamos a persuadirnos de que existimos? Por la vía de la razón no será, porque llegaríamos a persuadirnos de que *no somos*. La vida es el más irracional de los absurdos. ¿Hay alguna razón para que existamos? Ninguna. ¿Tenemos algún fin conocido, evidente? Ninguno. Luego *no existimos*. Quien concentre el pensamiento en esta meditación llegará a abismarse en un verdadero misticismo de nirvana. Se desvanecerá en la evidencia de la irrealidad de su vida. Se diluirá en el Gran Todo, o mejor, en el Gran Nada, sintiéndose hipnotizado por él. ¿Es posible que se haya alterado la normalidad majestuosa del orbe hasta el punto de que *yo* haya comenzado a existir, en un momento de concentración de materia y energía? No es posible. Luego no soy.

Sólo hay una sensación que pueda destruir este perfecto razonamiento: la presencia de la Muerte; la necesidad de la Muerte para sacudir ese lazo en que

se ha enredado mi pie, al azar de los caminos infinitos... El dolor, pues, nos despierta de aquel nirvana. El dolor de un futuro ineludible. Una sensación, no una razón.

La vía de la razón es, pues, inútil para darnos cuenta de nosotros mismos y generar nuestra conciencia. ¿Será más útil la vía de la sensación? Ensayemos la vía sentimental, ya que no nos da resultado la vía racional.

El testimonio de los sentidos nos da cuenta de la existencia de los demás antes que de la propia. Hay un sentido *épico* antes que un sentido *lírico*. El primer momento en el proceso de la conciencia será éste: «Siento, luego soy.» *Sentio, ergo sum*. Me persuado de la existencia porque siento que los demás existen, antes de saber que existo yo. Por algo se proclamó como muy difícil el conocimiento de sí mismo. Así, como en toda literatura el género épico precede al lírico en su formación, así en psicología tenemos conciencia del ser de los demás antes que del propio. La percepción de la vida colectiva y de la vida natural es anterior a la de la vida individual. El no-yo, el espacio, la vaga noción de los dioses, preceden a la noción, ya más complicada, del yo.

Segundo momento, en esa inducción progresiva de la conciencia: «Soy, luego soy.» *Sum, ergo sum*. Ellos, los demás, existen; luego yo, por analogía, existo también. El conocimiento de la vida como fenómeno no puede basarse más que en el conocimiento de la vida de los otros

hombres, porque, de lo contrario, no tendríamos término de comparación; no habríamos asistido como espectadores a la formación, desarrollo y destrucción de las otras vidas. Nos faltaría campo de observación y experimento. Cuando nuestra razón se forma, no puede ya estudiar su despertar lentísimo, el desarrollo de la conciencia y de la personalidad, a contar desde el nacimiento. Y sin el espectáculo de la muerte, careceríamos de términos para definir la vida, para destacar nuestro espacio y nuestro tiempo personales en el espacio y el tiempo exteriores. Sin la muerte, nuestra conciencia sería rudimentaria, tosca, elemental, difusa. La muerte nos da, pues, el conocimiento pleno de la vida. De la suma negación surge la más poderosa de las afirmaciones: la de la vida individual. Así, el sentido lírico es hijo de la Muerte.

Pero es tan enérgico nuestro instinto de conservación y eternidad, que nuestra conciencia no nos dará tampoco la convicción de nuestra muerte futura. Aun la experiencia, renovada continuamente, de la muerte de los demás, nos parece una leve presunción de nuestra muerte, la cual, para la secreta esperanza de cada uno, no ha de llegar jamás. Es una vaga contingencia, colocada en un mañana indefinido y remoto; y todo hombre que estime en sentido de inmortalidad su propia vida, morirá en la víspera de hacer algo, de producir la obra malograda y querida, hijo nonnato que nos llevaremos en la gravedad fallida de nuestra mente.

LOS POETAS

Tipo vasco

Nació cuando la encina de la heredad vecina; apenas si recuerda la fecha en que nació; después de muchos años, se desplomó la encina sobre la antigua selva; pero su cuerpo, no.

Fué capitán de un barco mercante que está en ruina hace veinticinco años; tres veces naufragó: una, en el Amazonas, de viaje a la Argentina; otra, en Islas Canarias, y otra, en Fernando Póo.

Alcalde de un pequeño pueblo de gente fosca, vive solo en su barca, fuma en su pipa tosca y no suplica: manda como cualquier patrón.

De vez en cuando mira la paz del horizonte, tranquilo, y esperando la barca de Caronte, en cuyo viaje él mismo dirigirá el timón.

Alfonso CAMIN

Tercer momento, en esa cadena de inducciones, después de la conciencia de vida, la conciencia de inmortalidad. Vemos que, más allá de las vidas que van pasando, otras vidas se forman, se reproducen, mueren. Sabemos, por la tradición inmemorial, que desde tiempo indefinido otras vidas nacieron, se transmitieron, se extinguieron. Concluimos que, según el orden natural, otras vidas se plasmarán, se multiplicarán, se desvanecerán... *Sunt, ergo erant et erunt*. «Son, luego eran y serán.» Es el sentido del tiempo infinito, alma del espacio, principio dinámico de la esencia, potencia en eterno *devenir*. Es el sentido trágico, la noción de la presencia y de la persistencia sin fin, más allá de nosotros y sobre nosotros, alimentándose de nuestra carne, según el mito saturniano.

Pero de esta última fórmula, que asegura la continuación de la vida como principio, de la vida en los demás como entidad neutral y colectiva, ¿puede desprenderse la continuación de nuestra vida personal? ¿Podremos decir también: *Sum, ergo erant et ero*, «Soy, luego era y seré»? Este es el sentido de inmortalidad, tan arraigado en nuestros espíritus, más vivo ciertamente como deseo que como evidencia, como idealidad que como realidad.

El principio: *Son, luego eran y serán*, expresa la eternidad real de la materia y la conservación de la energía. El principio: *Soy, luego era y seré*, expresa la eternidad de la conciencia personal, o por lo menos de la energía personal, lo que se ha entendido siempre por *alma*. Y como hemos perdido la conciencia de toda vida anterior, nos aferramos a la esperanza de la vida posterior, de la vida futura. La creamos, improvisándola, *inspirándola* en nosotros, a manera de un segundo Génesis, por la eficacia de nuestro deseo. No nos resignamos a que la *Natura* sea *Mortura*, como proclamaba Schopenhauer.

Pero todavía hay otro sentido: el de resurrección. El de vivir en los demás: en la persistencia de nuestra obra, de nuestra huella, de nuestro nombre. Es la sed de gloria, *sed de los muertos*; *alba de oro*, como dijo Rubén Darío, presintiendo su inmortalidad.

Y nuestro sentido trágico o de *Pasión* no sería perfecto y completo si no tuviese un sentido de esperanza en el día de triunfo: en nuestra Resurrección, por el eco de nuestra palabra, que nos permita conversar y discutir en el ágora ciudadana cuando nuestra vida ya esté libre de vejez y de corruptibilidad.

Gabriel ALOMAR

EL ARTE MONUMENTAL MODERNO

De todos los monumentos levantados por el afán constructor de la Alemania moderna, el más importante, por sus dimensiones y por su significación, es, indudablemente, el monumento conmemorativo de la «Batalla de las Naciones», librada en 1813 contra Napoleón. ¿Es este monumento la obra más estúpida de nuestros tiempos? ¿Es, por el contrario, la producción más horrible y equivocada de nuestra época? El monumento aparece, desde luego, como una manifestación grandiosa y, sobre todo, como una manifestación resueltamente *anti-latina*, o sea opuesta, ajena por completo a las normas de nuestra estética monumental. Considerándolo desde este punto de vista, y considerándolo como *obra-tipo*, su estudio, sea cual fuere la opinión del espectador, nos ofrece un interés indiscutible y muy grande.

No hay cosa más vacua—más imperdonablemente superficial tratándose de arte—que el juzgar las producciones de espíritus y pueblos diversos aplicando, indistintamente, a todas las normas de una misma estética. En una carta a Jorge Brandés, Ibsen declaró sinceramente no entender la armonía «inexpresiva» de Rafael; en un viaje a España, Rodin rechazó al Greco «por no saber dibujar», y encontró sencillamente feo y desprovisto de todo interés el paisaje castellano. Y es que, para Ibsen, espíritu de complejión esencialmente nortea, la belleza externa había de permanecer siempre ignorada, dentro de las reglas de una armonía cuya profundidad no podía penetrar; y es que, para Rodin, hijo de un arte equilibrado hasta en sus apasionamientos medioevales, el misticismo, en arte como en paisaje, no podía ser más que un caos incomprensible, una simple falta de equilibrio. Y, empero, resultaría de una petulancia insufrible

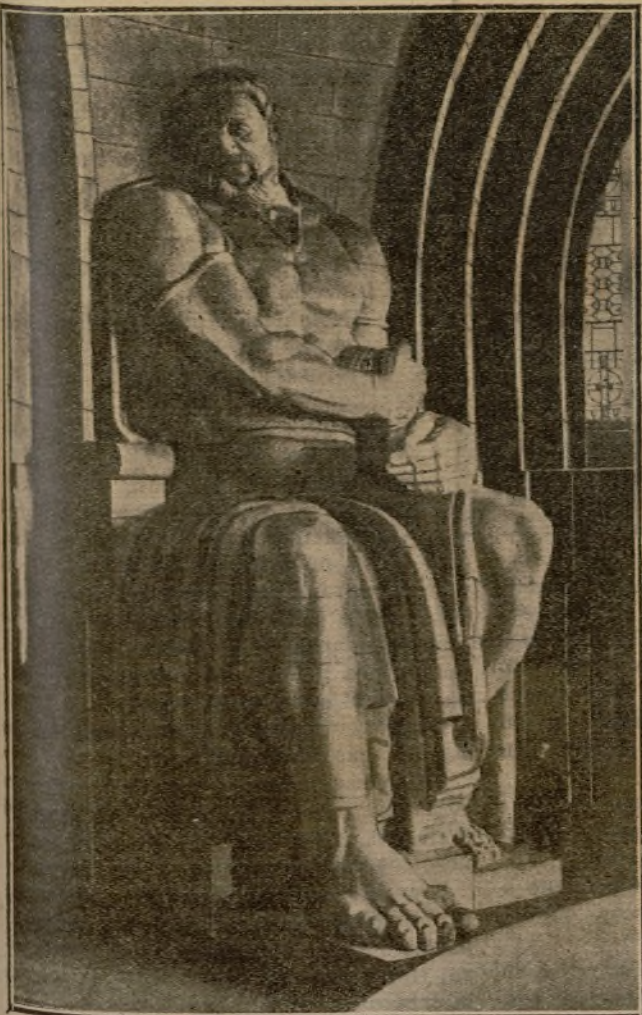


EL MONUMENTO A LA BATALLA DE LAS NACIONES EN LEIPZIG

la concreta interpretación de los símbolos directores. Y, expresamente buscada, la uniformidad del tono y de la materia. Nada menos oriental; nada, tampoco, que quiera, como este monumento, bastarse a sí mismo, afirmar su idea con los medios de su propia fuerza. En escultura, el exterior sólo presenta, aparte de su corona de gigantes, símbolo de la fuerza tranquila y segura, el ángel que guarda el monumento, presidiendo los bajorrelieves de los soldados muertos. En el interior, además de los gigantes guerreros de la cripta (repetición, en cierto modo, de las estatuas exteriores, con el complemento de su fondo: el rostro, poco a poco desfigurado, y por fin serenado, de la agonía y la muerte), y aparte de las lejanas cabalgatas de la cúpula, las colosales encarnaciones de la Gratitude, el Sacrificio, la Fe, la Fuerza del Pueblo; y entre medio, cual detalles que no distraen la atención de la Idea general, las pequeñas figuras de lo que significa la guerra: el dolor de las madres, el abandono de las esposas y de los hijos, el hambre, la peste... Ni una sola ornamentación parcial.

Si una lección se desprende del monumento de Leipzig es como, ateniéndose estrictamente a las cualidades del espíritu de un pueblo e intensificándolas por la simplificación más rigurosa, es posible conseguir una representación total y perfecta de este pueblo. Puede apreciarse diferentemente el aspecto de este monumento, su resultado *estético*; mas es innegable que significa, con todo lo que en él nos seduce y todo lo que nos distancia de él, una de las más justas y completas representaciones de un espíritu nacional. Y por esto es admirable.

Margarita NELKEN



EL ESPÍRITU DE SACRIFICIO

aquel que pretendiese establecer la *verdad* del Greco en oposición a la de Rodin, o la *razón* de Rafael en contraste con la de Ibsen. Lo que importa, lo que deba únicamente importar, es que cada una de estas verdades, cada una de estas razones, posea una potencia suficiente para afirmarse frente a todas las demás.

Hablar del Partenón, de «claridad latina», para rechazar el monumento de Leipzig, es como hablar de Grecia para condenar las catedrales. Precisamente porque no tiene nada de latino, ni en su concepción ni en su realización, es por lo que este monumento alcanza una significación tan absoluta y tan definitiva.

Desde luego, no es armónico; su ritmo ignora esa calidad indefinible, pero muy visible, de la *euritmia*, que los griegos decían ser regalo de los dioses, y que es el secreto de nuestra visión *clásica* del arte. No es armónico, no; mas sus proporciones no son por ello arbitrarias; por el contrario, una lógica severísima y rigurosamente equilibrada ha presidido su ordenación; una lógica tan real y tan *anti-latina* cual la que creó, verbigracia, los monumentos asirios. Aquí y allá, el dinamismo ha sido dominado y enmarcado en leyes iguales. Porque toda la pesadez, toda la *colosalidad* de la masa—de la mole, diríamos mejor—, afirma, dentro de su voluntad indestructiblemente serena, un dinamismo, una fuerza de palpación idénticos, en esencia, a los que animan los cortejos inmutablemente estilizados de los reyes y los guerreros del Louvre. Y el mismo lugar preparado para el monumento, la colina artificialmente elevada, el estanque artificialmente hecho, recuerdan las preparaciones de terrenos a que se atrevía, cuando las juzgaba necesarias a su fuerza, el arte asirio.

Pero una importantísima diferencia separa netamente las dos concepciones, alejando toda idea de plagia reminiscencia: el esplendor policromo del arte antiguo oriental y la severidad infranqueable de éste, cuya simplicidad alcanza un grado inaudito. Arquitectónicamente, las líneas precisas para la estructura de la masa; como ornamentación, los relieves precisos para



EL ESPÍRITU DEL VALOR

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR ESCARABAJO

CUENTO PARA NIÑOS POR JOSE BRUNO

El sol de esta magnífica mañana dora los campos, abrillanta el haz de la tierra, como la superficie de una gran bola de oro. Gusanillos de oro, libélulas, cigarras y orugas de oro pueblan el valle iluminado, radiante, todo él florecido de margaritas de oro.

Tantea el caracol, despaciosos, con sus cuatro cuernos, la vida exterior; saca un poquitín la cabeza y, sintiendo tibio calor en su techo, exclama:

—¡Buen día tenemos! Vamos a recorrer el mundo, sin salir de casa, que es lo más prudente.

La abeja, ya está trabajando hace horas; la araña tiene remendadas sus redes, y el día le anuncia una caza abundante.

Pero la que se alegra más de esta temperatura es la señorita mariposa. Ella no tiene que hacer sino mover sus alas de bonitos colores y coquetear entre las florecillas; vive sólo para alegrarse y amar. ¡Amar! ¡Bella cosa! Volar y amar: he aquí una vida justificada.

La señorita mariposa no se levanta de su aromado lecho hasta bien entrada la mañana; el sol la despabila y desentumece con una prolongada caricia; y cuando ya la atmósfera está templada y clara, la señorita se hace meticulosamente su gentil tocado, se atusa las antenas, se frota los hermosos ojos de perlas, se empoiva toda con un fino polvillo de oro, echa una mirada decisiva a los renovados colores de sus alas y lánzase, contenta, a sus paseos y visitas y a mirarse en el espejo de la rutilante laguna.

Ante la señorita pasa, puntual, con porfiada frecuencia, el distinguido escarabajo, que la pretende y la requiebra galante:

—Buenos días, señorita mariposa—dice el escarabajo.

—¡Hola!—dice desdeñosamente la mariposa.

—Hace buen tiempo—dice el escarabajo.

—Sí—dice la mariposa.

Calla el escarabajo. No dice más la señorita mariposa.

—Estáis hechicera, mariposa; con este sol sois la criatura más primorosa del mundo. ¿Por qué no me amáis? Es vuestro todo mi corazón de escarabajo, todo mi pensamiento de escarabajo.

Contesta la señorita mariposa:

—Buscad una escarabaja, y no oséis nunca, nunca, pensar en mí. No pongo yo mis sueños en la cueva oscura de vuestra baja ralea. ¿Cómo se entiende? ¡Pretender vos mi mano!... ¿Veis allí, donde el oro del sol concentra su más pura vena, donde en hilos de luz, entre pebeteros de heliotropos y almibares de violetas y rosas, se columpia blandamente el Pieris que tiene en sus alas los siete colores del espectro? Pues allí, solamente allí, están mis amores.

Habla el escarabajo:

—Vuestra hermosura no sabe lo que desprecia, en cambio. Yo soy rico, yo soy el Crespo de los insectos; puedo poner a vuestras plantas el Perú y Flandes y las naves fenicias. Yo tengo una gran bola de oro, de una pieza, y la he de pasar, rodándola, ante vos. Cuando veáis mi gran bola de oro, hablaremos de sentimientos y amores.

El fanfarrón escarabajo apresura sus patas negras, de ébano, y va en busca de su bola de oro.

¡El escarabajo pelotero! ¡Donoso personaje! Con feroz fiebre hincan las mandíbulas en una boñiga... ¡Solemne puercos!...

Mas la boñiga no es para él boñiga, es todo lo contrario que para la vaca que allí la dejó... ¿Y quién sabe, al fin, el valor de las cosas?... Eso, que a otro animal le sobra y molesta, es para el escarabajo (pulcro y brillante, a pesar de todo) alimento de vida, providente bola o huevo artificial en que depositar los hi-

cie de esa esferita móvil, que a cada vuelta luce las facetas innumerables de sus compactos panes de oro. Y los otros insectos, cegados, pálidos de envidia, eclipsados en su inferioridad, contemplan ese tesoro que rueda y prorrumpen en zumbidos de asombro a su lento paso.

—¡Ah, qué maravilla!—exclama el saltamontes, dando un brinco de acrobata—. Yo daría mi agilidad y aun mis alas de tisú rosa por esa bola, que debe valer una millonada.

—¿Es toda de oro?—pregunta una cigarra—. Yo cambiaría por ella mi improductiva arte de músico. ¡Ay! ¿Por qué

vuestro, todo el oro del mundo os puedo traer si accedéis a mis ansias, a mis pobres ansias infinitas... En vos está ser más opulenta que todas las reinas de Saba, linda doncella; que yo lo dejaría todo en vuestra propiedad y me contentaría con un poco de amor; pues soy el más platónico y el más romántico de todos los escarabeidos...

No hay beldad que con discurso semejante no se convenza.

¡Oh! La presumida mariposa dignase concederle, al fin, una mirada dulce, porque a la mariposa la marea también el brillo áureo, y en verdad, el escarabajo, ahora, con la trasera hacia arriba, parecele menos desgarrado y hasta elegante...

Todos los insectos hacen corro: la colérica avispa, los abejones, las tijeretas, las falenas, las moscas, los mosquitos, las santas teresas, se han detenido en sus movimientos; la hormiga industriosa suelta su carga; la cochinilla se ha subido, para mirar, sobre un terroncillo; hasta la lentísima babosa se arrastra, alzando la cabeza, y alisba con sus ojos miopes...

—¿No sabéis?—dice la mariposa a su vecino el grillo, el cual también se asoma, dejando su lecho, a pesar de haber pasado toda la noche de violín—. ¿No sabéis, señor grillo? ¡Tengo un novio estupendo, un partido ideal! Tengo relaciones formales con el escarabajo. Todo el valle lo sabe. Quedáis invitado, por supuesto, a la boda; irán más de doscientos violines; las luciérnagas serán mis damas; mi traje de novia será de reflejo de luna en el agua, y mi diadema, de moléculas de rocío engarzadas en una antena de hormiga. Es lo que hoy se estila en la alta alcurnia. ¡Soy muy feliz!

Entretanto, el escarabajo, avergonzado de su opulencia, no sabe si postrarse de hinojos ante la amada o permanecer altanero frente a la multitud que lo rodea. La cual, cada vez más, se estrecha y se intriga, y un insectillo atrevesa a tocar la bola con sus manezuelas.

—Excelentísimo señor escarabajo: ¿es todo de oro?

—¿Es maciza?—preguntan los demás unánimemente.

El escarabajo se indigna, increpa, insulta. Mas no puede impedir que la multitud atropelle su bola delante de la amada. Los insolentes palpan, remueven, pinchan, devorados de curiosidad y de avidez... Y rompen violentamente la esfera dorada.

¡Oh, momento terrible! La esfera sólo es dorada por fuera; por dentro...

La turba, corrida, decepcionada, se dispersa a prisa y se lleva las patitas a las narices. ¡Uf, uf, qué sucio, qué repugnante es el señor escarabajo!...

La desventurada mariposa también se atufa y cae desmayada...

¡Desgracia inmensa! ¡Oh, las ilusiones rotas para siempre, la felicidad que se malogra!... ¿Por qué la vida tiene para nosotros crueles y seguras sorpresas?...

Y en tanto, sigue rodando, indiferente, el mundo dorado por el sol, como la pelota que un gran Escarabajo condujera, empleando las patas de atrás y con la cabeza al revés.

José BRUNO

Dibujo de BARTOLOZZI.



jos. El escarabajo se entrega, pues, con toda su alma a la ardua tarea: hiende, corta, reúne y empasta; desbastada la píldora, la hace que gire cuanto es preciso, y mediante esta rotación la perfecciona. Luego, inquieto, a prisa, le veis ir, nuevo Atlante, con su bola oronda, la que para él vale más que nada en la Naturaleza: con las fuertes zancas posteriores abarca la esferita, y empuja con las anteriores, hacia atrás, con la cabeza abajo y lo demás arriba, siempre variando los movimientos de avance, redondeando su obra por el camino con cuidadoso amor.

¡Qué ufano vuelve ahora nuestro escarabajo con su bola dorada! Porque el sol quiebra un oro purísimo en la superfi-

no haber nacido escarabajo, en vez de artista?

—Vale más ese bloque—añade la araña—que mi hamaca fina, de hilos sutiles, en los que me balanceo creyéndome reina, inocentemente, sin saber que en el mundo hay otro sér que arrastra un pequeño sol de oro...

Los insectos, sugestionados, atraídos por el reflejo de la esfera rodante, siguen al escarabajo en sus evoluciones.

Hasta que llega el escarabajo frente a la altiva y espiritual mariposa que lo desdén.

—¡Eh, señorita mariposa! ¡Miradme de regreso, miradme abrumado por mi fortuna y abrumado por vuestro desdén! ¿No me amáis ahora? Todo puede ser

ALMA Y CUERPO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE PEDRO DE RÉPIDE

En la más anchurosa y sombreada calle de Aranjuez, en la que largas avenidas de frondosos olmos se extienden entre las casitas bajas, tenía su vivienda el doctor Federico Fresneda, médico joven y rico, que ejercía su profesión por vocación verdadera más que por lucro, y que, lejos de ochar de menos sus años moceriles pasados en la corte, hallábase contento de vivir en tan apacible retiro con Eloísa, su mujer, ajeno a todo otro cuidado que no fuera el de sus enfermos y el de su propio hogar.

La casa de Fresneda, un pabellón muy a la manera del siglo XVIII, como todas aquellas construcciones del tiempo de Grimaldi, pero reformada interiormente con todas las coqueterías y comodidades del presente siglo, embellecida por un jardín delantero, donde los rosales trepadores daban marco a los ventanales y a la puerta de la grata mansión. Grata, pero no feliz desde poco tiempo había. Hacía algunas semanas que quienes pasaban por delante de su verja no dejaban de dirigir una mirada de simpática curiosidad, entre los macizos de lilas en flor, hacia el saloncito que servía de comedor, y en el que se apercibía, pálida y desfalleciente, a Eloísa, acompañada, como siempre, de su amiga, su casi hermana Andrea.

Ambas tenían la misma edad, juntas habían crecido y se habían educado y el matrimonio de Eloísa con Fresneda no las había separado; antes bien, hacía que la compañía de Andrea fuese más necesaria y codiciada cuando apartaban de su casa al doctor sus deberes profesionales, que a menudo le obligaban a mandar enganchar el carricoche, que él mismo guiaba, y acudir a llevar el consuelo de su ciencia a algún pueblo o casa de labranza de aquellas cercanías.

Eloísa había caído enferma a consecuencia de una emoción y de un peligro. Era a principios de marzo, cuando el invierno expirante finge a veces una anticipada primavera, y Fresneda había propuesto a Eloísa aprovechar algunas horas luminosas en ir con el cochecillo a almorzar en algún apartado y grato paraje de la orilla del río. Recibida por Eloísa la idea con entusiasmo, hubo de añadir al programa un detalle tan sólo: el de su inseparable Andrea; sería también de la partida. Federico, admitiendo a su vez con regocijo la observación, dijo que no había partido de él porque la consideraba innecesaria. Al manifestar que iría Eloísa ya calculaba que era lo mismo que decir Eloísa y Andrea.

La comida fué alegre. Pero la excursión no había de terminar felizmente. Las dos amigas habían descubierto, entre un cañaver de la margen del río, una barca que parecía abandonada. Con gritos infantiles celebraron su descubrimiento, y resolvieron tomar posesión de la embarcación misteriosa dispuestas a navegar hacia lo desconocido. Llamaron a Federico, quien se apresuró a participar de su imprudencia. Al fin, sería cosa de poco, un paseo de algunos metros sobre el agua, y volverían a dejar la barca en su sitio. Si entretanto aparecía su

dueño, unas amables palabras y, sobre todo, unas cuantas monedas oportunamente ofrecidas, terminarían el asunto.

Apenas había Federico empuñado los remos y salido a la corriente, cuando advirtieron que la barca hacía agua muy de prisa y amenazaba el peligro de zozobrar. Hizo Fresneda un grande esfuerzo por vencer el impetu del raudal y ganar prontamente la orilla, y cuando lo consiguió, el pequeño naufragio se realizaba por completo. Por fortuna, un lecho de juncias sostenía la barca, hundida apenas a un metro bajo el agua, y le fué fácil a Federico llevar a cabo el salvamento de las dos mujeres. Primero Andrea, por deseo manifiesto e imperioso de Eloísa. Después, el más difícil, de ésta, que, presa del frío por su más tiempo de permanencia en el agua, tuvo aún

timientos que expresaba Eloísa, como una siniestra agorera de su propio y definitivo infortunio. Entonces su ternura amistosa tomaba un aspecto lúgubre y dictaba a Andrea algunas consideraciones que podían ser consideradas como la expresión de su última voluntad. En estas disposiciones verbales, tantas veces renovadas, prescribía hasta el lugar del cementerio donde quería ser enterrada, e imponía a su amiga la obligación de custodiar y cuidar su tumba, indicándole las flores que había de poner sobre ella.

O bien enumeraba los pequeños legados que pensaba hacerla, y pocas veces terminaba su relación sin añadir:

—Prométeme, Andrea, que te casarás con Federico y le harás feliz como yo le he hecho. Un médico, y más un médico

tono de cariñosa chanza, Andrea iba más allá del deseo tantas otras veces expresado por la enferma. Pero Eloísa, a su vez, deseosa de encontrar siempre alguna resistencia que vencer y un obstáculo para la completa sumisión a sus designios, se sintió apenada al ver que su amiga estaba más preparada a obedecer que lo que ella había creído, o, por lo menos, que lo que ella hubiese deseado.

—¿Me preguntas por qué no añado lo de tu boda con Federico? Pues porque he reflexionado mucho acerca de eso, y no creo que tengo derecho a disponer de los sentimientos de mi marido.

—¿Pero... y si él consintiera libremente?—respondió Andrea con viveza y sin pensar en cuanto podía haber de cruel en sus palabras.

—De eso... ¿qué sabes tú, ni qué sé yo?

Y Eloísa, que había intentado incorporarse, empezó a toser violentamente.

—¡Calla, callémonos!—interrumpió Andrea—. Dejemos, por lo menos, ese tema de conversación. Eso te afecta. Y además, ya sabes que yo no he hablado en serio. No he creído nunca, no creo en la gravedad de tu mal. Aún tienes que ser dichosa mucho tiempo con tu marido. Y en último caso, él se casará con quien tenga el acierto de gustarle.

—Que serás tú, serás tú, Andrea.

—Lo dices y lo repites tanto, que va a acabar por pensar en ello.

—Tienes razón. Y yo creo que ya lo piensa.

Eloísa, conforme se esforzaba por hablar, palidecía más, y algunas lágrimas corrieron por sus mejillas demacradas. La enferma entraba en una crisis nerviosa. Cuando se calmó un poco, dijo a su amiga, que la cogía cariñosamente las manos y la contemplaba llena de angustia:

—¡No tendrás que esperar mucho!

—Te prohibo que sigas hablando, y menos de eso—intervino

Andrea con tierna vivacidad—. Pongámonos fin a esta clase de conversaciones, o no vendré más a verte... Estoy decidida.

Eloísa miró atentamente a su amiga, suspiró hondamente, y dijo casi con indiferencia, mirando al reloj:

—Son las doce. Tu madre te espera para ir a misa. No quiero que diga que te acaparo...

Y las dos amigas se separaron, después de besarse fraternalmente.



Eloísa siguió con la mirada a Andrea, hasta que la vió trasponer la verja del jardín. Luego, cuando la campanilla de la puerta exterior acabó su agitado tintineo, la enferma se levantó ágilmente, ella que un minuto antes parecía clavada en la ancha butaca, y dió algunos pasos por el comedor, con ánimo resuelto.

¿Qué ocurría en el alma de aquella mujer? ¿De dónde había sacado tal fuerza inesperada? ¿Qué sobreexcitación daba a sus nervios el poder de sobreponerse al



la malaventura de deslizarse y caer de nuevo cuando ya la izaban los brazos de su marido.

La mujer del doctor llegó a su casa con fiebre. Su sistema respiratorio, no muy fuerte desde antes del matrimonio, sufrió un golpe que parecía definitivo. Conjurada la bronconeumonía, sus consecuencias fueron tan alarmantes como esa misma enfermedad. La consunción de aquel débil cuerpo y una tos seca y cavernosa denunciaban la existencia de un mal, de un tremendo mal. Los más fervorosos cuidados del médico, que en ello ponía, no sólo su ciencia, sino su alma entera, parecían ser ineficaces. Fresneda se desesperaba. Andrea no se separaba un instante del lado de su amiga y se consagraba cordialmente a ella.

Cuando la enferma parecía experimentar algún alivio, ambas charlotearan de continuo y la casa parecía salir de su duelo. Pero esos momentos llegaron a ser cada vez más raros. Y de ordinario la conversación de las dos mujeres estaba ensombrecida por los penosos presen-

de campo, necesita estar casado para tener su casa en orden.

Andrea iba dando, una por una, su asentimiento a todas las proposiciones mientras Eloísa hablaba, y cuando había terminado la decía claramente que no tenía por qué aceptar ninguno de aquellos compromisos, porque la enferma exageraba lo peligroso de su estado.

Un día, después de escucharla por centésima vez la lastimosa perorata, Andrea la hubo de decir, sonriendo:

—¿Quieres mi salud a cambio de todas las cosas preciosas que posees?

—Perderías mucho en el cambio, Andrea.

—Dime, ¿por qué razón?

—Porque no tardarás en tenerlo todo sin dar nada. Federico obedecerá también lo que yo deje dispuesto.

—¿Todo?—preguntaba Andrea con una insistencia maliciosa—. ¿Todo?

—Sí, todo. Todo lo que ahora es mío.

—Pero ahora no dices, como antes acostumbrabas, que yo me había de casar también con tu marido.

Por la primera vez, bien que fuese en

dolor? Detúvose ante el gran espejo ovalado que había entre las dos ventanas, y pareció satisfecho del examen que hacía de su persona. En efecto: su rostro, poco antes lívido, aparecía animado por un vivo color; sus ojos negros brillaban soberanamente; su cuerpo se sostenía esbelto sin esfuerzo. De una manera repentina había recobrado el libre uso de sus miembros.

—Yo estoy demás en el mundo—murmuró la mujer del doctor, después de haberse observado detenidamente—. Pero, sin embargo, yo quiero vivir.

¿Quién podrá decir hasta dónde el poder de la voluntad es capaz de desarrollar en nosotros la fuerza física, y qué influencia saludable puede ejercer sobre la más débil constitución? Se ha visto a seres endebles, poetas y artistas, destinados a morir a los veinte años; ancianos sabios, hombres minados por la edad, por el estudio o por los sufrimientos, en quienes la vida, refugiada por entero en el cerebro, continúa caldeando y alumbrando; ¡maravillosa llama!, las estructuras humanas más delicadas o caducas. Muchas veces la muerte se hubiese apoderado de quienes no parecían ofrecer una gran resistencia física, y ha retrocedido, desarmada, ante ese fuego interior, tan difícil de apagar. Paracelso, por ejemplo, ha tratado como un poeta cuestiones de fisiología. No podrá, en cambio, parecer extraño que lo que pertenece al orden de los poetas pueda ser, alguna vez, una enseñanza científica.

Eloísa llamó a Leocadia, su criada. Aquella moza campesina empezó a dar gritos de asombro al verla de pie y transfigurada.

—Tráeme mi sombrero y mi sombrilla—ordenó su señora.

—Pero, ¿cómo? ¿La señora quiere salir? ¿Qué va a decir el señor?

—¡Anda, anda! Tráeme lo que te pido. Me voy a misa. Que ya están tocando en Alpagés.

Nada pudo detener a Eloísa, y Leocadia no encontró más recurso que el de ir la siguiendo a cierta distancia, procurando tomar a cuantos vecinos encontraba como testigos de su vigilancia, y limpiándose los ojos con un enorme pañuelo a cuadros encarnados que la habían traído de la última feria de Ocaña.

La vuelta de Eloísa a la salud fue aquel domingo y todos los días siguientes el motivo de todas las conversaciones locales.

—¡Buen médico es Fresneda!

—¡Ya podemos estar satisfechos de tener aquí ese pozo de ciencia!

—¡Qué conveniente es estar casada con un doctor!

Esto último lo decían la mayor parte de las jóvenes esposas y todas las solteras.

El doctor no había tenido, sin embargo, mas que una participación muy indirecta en el cambio que se había operado en su mujer. Pero recibía los elogios que le dirigían, y, por su parte, se felicitaba, dejando a un lado su orgullo científico, en ver a su querida Eloísa de regreso a la vida. Sin embargo, su sorpresa, que tenía buen cuidado en no dejar traslucir, era considerable.

Andrea no se sintió menos sorprendida que el doctor. Preguntábase si su amiga había estado realmente tan grave como se había creído. Su inteligencia, o más bien su instinto femenino, le decía que ella no era extraña a tan repentina transformación.

Una secreta esperanza de llegar a ser a su vez la mujer del médico se había

ido apoderando de Andrea. ¿Lo había dejado traslucir demasiado claramente a su amiga? Este era un remordimiento que la atormentaba. De ello nació cierta embarazosa frialdad en las relaciones entre las dos mujeres. Pero Eloísa, volviendo a prodigar sus muestras de afecto a Andrea, demostraba una ausencia completa de resentimiento. Y, poco a poco, Andrea acabó por decirse que tal vez se había equivocado atribuyendo a la de Fresneda tanta perspicacia respecto de sus más recónditos deseos.

Una embajada familiar llegó entre tanto a casa de Andrea. Componíala una tía, un tío y un primo de la fraternal amiga de Eloísa. Y, por añadidura, traían con ellos, como personas de experiencia y sabiduría para dar su opinión sobre un asunto grave, a Nicolás Pegujalero, cuñado del juez de Ontigola, y a su mujer Dominga Sánchez, más conocida como la Pegujalera, sordida individuo que estaba muy contenta de hacer un viaje a Aranjuez en coche arrastrado por una caballería que no la tocara a ella mantener. El magnífico primo, Sebastián Pozacho, venía aparte, cabalgando una buena mula y caracoleando, tan pronto delante del carruaje como dando guardia de honor a sus estribos.

Algunos cuartos de hora después de la llegada de aquella mixta comitiva, mientras que el fornido Sebastián, mozo ya tallado, había sido enviado a hacer otra visita en el pueblo, la petición de la mano de Andrea para su primo se hacía lisa y llanamente. La madre accedía. No faltaba más que un detalle de cierta importancia: el consentimiento de la presunta novia. Y consultada, prometió dar su necesaria respuesta al cabo de algunos, muy pocos días.

Antes de que la comitiva se pusiese en movimiento para emprender el regreso, Andrea fué a casa de Eloísa para ponerla al corriente de aquel episodio inesperado.

Llegó vivaz y ligera, y apenas hubo besado a su amiga en ambas mejillas, dijo prontamente:

—Hemos hablado estos días de mi matrimonio algunas veces, ¿verdad?...

—Sí. Pero ¡calla, calla!—exclamó involuntaria y enérgicamente la mujer del médico—. ¡Acabaré por odiarte!...

—Tranquilízate—repuso Andrea, no sin sentir algún despecho. Se trata sencillamente de un partido que han venido a ofrecernos. Mi primo Sebastián, ya sabes, el de Ontigola, anda tras de mí hace tiempo con un afán que podría satisfacerme..., pero que no me interesa mucho. Sin embargo, yo no sé qué hacer. Hoy ha venido con sus padres y me ha pedido en matrimonio. Yo la he dicho a mi madre que me deje ocho días para pensarlo.

—Me acuerdo de tu primo. Ya no es un chiquillo, aunque le sigan considerando como tal en su casa. Ya se ve. Hijo único. Tiene bastante tierra de viñas en Nublejas.

—¿Y qué más?

—Buenos olivares. Recoge mucho aceite.

—¿Y qué más?

—Dos casas en Yepes.

—¿Y qué más?—continuaba Andrea con la más significativa de las insistencias.

—Tiene que heredar a una tía de su madre que vive en Toledo.

—Bueno; ¿y además?

—¡Además! ¡Ah, sí! Creo que es honrado, que es bueno.

—Algo de eso era lo que yo quería oírte.

—Tiene excelentes cualidades...

—Sigue.

—Es buen mozo.

—No es desagradable. Pero algo rubianco. No me gustan los rubios.

—¡Bah! Con el tiempo, todos blancos.

—Entonces... tú me aconsejas...

—¿Qué quieres?... Comprendo muy bien que estás educada para aspirar a otra boda. Sin embargo, una buena fortuna no es de despreciar.

—¿Qué bien se habla cuando se es feliz, como tú lo eres! En fin, es cosa decidida. Seré la mujer de mi primo.

—¿De hijo?

—De hijo.

—Me parece una determinación prudentísima. Más razonable que pedir consejo sobre una cuestión como esa.

—¡Claro!—dijo Andrea con un tono algo lastimero—. Una muchacha con poco dote, ¿no ha de ser presa segura para el primer pretendiente que vaya por ella? Sin embargo, pondré una condición: la de vivir aquí.

Fué gran alivio espiritual para Eloísa ver a Andrea dispuesta a casarse. El partido que se la ofrecía no era despreciable. Pero no dejaba de extrañarla algún tanto la facilidad con que su amiga había dado el consentimiento. Formalmente, según ello, Andrea renunciaba para siempre a Federico.

Eloísa se detuvo entonces a pensar que tal vez había exagerado los sentimientos y los propósitos de Andrea. Y esa obsesión había amargado su vida. Habíase consagrado enteramente a la tarea de impedir aquel matrimonio para después de su muerte. Pero este horror la había sostenido para vivir. ¿Cómo, a partir de entonces, alimentaría su energía espiritual?

La enferma, que para recabar la salud había seguido tan escrupulosamente las prescripciones, en otro tiempo desafiadas, de la ciencia médica, empezó a emplear menos regularidad en los cuidados de cada día, complaciéndose bien pronto en burlarse de ellos y buscó la manera de desafiar la dolencia. Al mismo tiempo se abandonaba, desvaneciéndose en largos ensueños, pesados y penosos como pesadillas. Encontraba siempre nuevos pretextos para alejar de su lado a su amiga y quedar sola. Andrea se vió en el caso de no menudear sus visitas.

Las consecuencias de aquellas disposiciones de espíritu de Eloísa no tardaron en manifestarse. La enfermedad hizo de nuevo su aparición, más amenazadora que nunca. El pobre doctor sentía una enorme desorientación científica, y no sabía a qué teorías confiarse. Practicaba lo que él llamaba con énfasis la medicina expectante.

No era él solo quien esperaba. Alguien, al advertir el retorno y los progresos reguladores de la enfermedad de Eloísa, aplazó una respuesta interesante; Andrea acabó por rechazar de plano el partido que poco antes había estado decidida a aceptar.

Al enterarse Sebastián Pozacho del fracaso de su demanda, fué acometido por un acceso de desesperación. Acababa de comer cuando recibió la misiva de la madre de Andrea dándole cuenta de la nueva fatal.

Y fuese el efecto de una digestión malamente interrumpida o la situación desairada en que quedaba después de haber hablado en todas partes de su próximo matrimonio, el caso fué que, probablemente sintiendo el ridículo que se le venía encima, se levantó de la mesa lleno de siniestros pensamientos.

Había en su huerto un magnífico y frondoso nogal, cuyas ramas poderosas se extendían como brazos gigantes. Y, desde luego, Sebastián sintió la necesidad de ir a colgarse de cualquiera de sus ramas. Arrimó una escalera al grueso tronco, buscó y halló prontamente una cuerda. En esta ocasión todo se presentaba fácil para su intento, bien que en su vida no había experimentado Sebastián más contrariedad ni otro contratiempo que el de las calabazas con que había tenido a bien obsequiarle su prima.

Recuperando su suerte para su todo, encontró, pues, a punto la escalera, que no le negaba su servicio, y la cuerda, ni débil ni corta; de manera que, en un abrir y cerrar de ojos, Sebastián, después de haberse quitado las gafas de oro, colocándolas en el primer peldaño de la escala, había encontrado el medio de enlazar la cuerda al cuello y lanzarse al espacio, balanceando la fuerte rama que había elegido para ahorcarse.

En aquel momento, el primo del juez, que tenía una huerta al lado, pudo aprehenderse de lo que ocurría, y saltando prestamente la baja tapia, corrió hasta el nogal, gateó por la escalera, que sostenía adosada al tronco, y sacando de su bolsillo una navaja, llegó a tiempo de cortar oportunamente la cuerda fatal. Sebastián cayó pesadamente sobre la hierba, como el primer fruto que de aquel árbol se cosechaba ese año; pero si se libró de la muerte, no salió tan felizmente del caso, pues en señal, sin duda, de que las felicidades acababan para él, se rompió, al caer, la pierna izquierda.

Aquella misma noche, Andrea y su madre sabían ya perfectamente lo que había ocurrido. Y, por su parte, el doctor Fresneda fué requerido en consulta, porque la situación del lisiado no podía ser tratada a la ligera, y merced a que se hiciese un llamamiento a la ciencia de las eminencias médicas de la comarca. Fresneda acudió, ayudó a colocar un aparato, prometió seguir dando su concurso y volver dos veces por semana para asegurarse de que la curación no encontraba interrupciones en su proceso.

Andrea había escrito una carta atenta al pobre novio rechazado. Hizo más. Quiso ir a verle, consolarle y pedirle perdón por sus vacilaciones. Así fué, que, sin ocultárselo a la mujer de Fresneda, consiguió que el doctor la diera asiento en su carricoche para la primera vez que tuviese que ir a Ontigola.

Federico y Andrea, tras de unas horas pasadas en casa del inválido, emprendieron el regreso con el no muy apresurado trotar del caballo que arrastraba el cochecillo del médico.

El sol de agosto abrasaba, aunque estaba ya próximo al ocaso. Un calor de bochorno abrumaba, y el cielo empezaba a cubrirse con grandes y oscuras nubes. Detrás de los caminantes se oía ya retumbar lejanamente el trueno de la tempestad que parecía perseguirlos y amenazarlos con adelantarlos. Algunos goterones de la lluvia tormentosa no tardaron en hacerles conocer que habían sido ya alcanzados por el turbión.

Habían llegado junto al famoso estanque, ornado con el famoso nombre de mar de Ontigola, tranquilo y breve lago que un día hubiera de servir para que surcadas sus quietas aguas por la real falúa, ejerciera allí de almirante la alta majestad de don Carlos IV. Veíase en la margen del lago un cobertizo de tablas y ramas secas que podía servir para guarecerse a su abrigo. El aguacero arreciaba furiosamente, y

...saltando ligeramente a tierra, a refugiarse en la rústica consue-
ta, mientras que el doctor ataba
...a un árbol cercano.
...repente, un relámpago hendió la
...nube, seguido tan de cerca por fra-
...trueno, que el caballo, espantado,
...la brida con que estaba sujeto
...y arrastrando el carruaje, ya
...del peso, lanzóse en desenfren-
...carrera hacia Aranjuez, perfecto
...del camino que seguía. An-
...tanto desconcertada al primer
...to, acabó por reirse del percun-
...Federico rió también. Era de su-
...que el animal se detendría cuan-
...hubiese pasado el motivo de su es-
...Y la tempestad, más fugaz cuan-
...violenta, empezaba a pasar de
...Fresneda ofreció su brazo a
...y bordeando el camino, que ya
...convertido en cauce de un arro-
...continuaron andando por una estre-
...enda. Las gotas de la lluvia, escu-
...de los árboles y de las matas, se
...aban brillantes a los rayos del sol,
...había vuelto a lucir.
...brado por el agua de la tormenta y
...ado por un inmenso arco
...el paisaje, desde lo alto de
...arretera, era magnífico. El
...de las arboledas del real
...aparecía espléndido, recién
...del polvo que, aglomerado
...las hojas, daba a aquel pai-
...en agosto, un tono grisá-
...tan distinto del verde tier-
...de la fronda de mayo, con to-
...la pompa de la hoja nueva.
...un vaho voluptuoso emergía
...la tierra húmeda y caliente.
...nerea, sin preocuparse mu-
...de la contemplación del pa-
...ama, y cogida siempre del
...del médico, hubo de espe-
...la pregunta, reveladora del
...pensamiento que la preocu-
...No le parece a usted que
...que todo he tenido razón
...decirle que no a mi primo?
...nos, sea usted franco.
...Mi contestación es...
...la respuesta quedó truncada
...la brusca e insospechada
...ción de Eloísa. Federico y
...Andrea se detuvieron asombra-
...y la recién llegada, sonrien-
...pero poniendo algo de ironía en su
...caricia, les saludaba diciendo:
...Nadie me da un beso? ¿Es que es-
...?—Nos has sorprendido de tal modo—
...Andrea—, que te aseguro que me
...asustado.
...Pero sería posible que tuvieses mis-
...de nada yendo con un hombre tan
...como Federico?
...El hombre fuerte intervino para pre-
...a su vez:
...¿Cómo estás aquí?
...Salí paseando para encontraros. Me
...cogido el chaparrón junto a una ca-
...de peones camineros y me he libra-
...de mojarme; cuando he salido he vis-
...que veniais a pie y que habíais pasa-
...ya por donde yo he estado. He apre-
...el paso detrás de vosotros, hasta al-
...zaros, y aquí estoy.
...Pero has venido a pie.
...A pie, naturalmente.
...¿Y por qué cometes imprudencias?
...No comprendes que todavía no puedes
...permitirte esos excesos?
...En aquel momento oyeron tintinear el
...cabel del caballo del carricoche, y
...aron a un hombre que traía la bestia
...ando de la rienda rota.
...Muy buenas, don Federico y la com-
...ñía. Aquí está el coche. Ya me mali-

ciaba yo si habría ocurrido alguna des-
gracia. Pero más vale así.
—Gracias, Servando. Pero oye: ¿quieres llevar a mi mujer y a su amiga hasta casa? Yo tengo que hacer una visita aquí, a la entrada del pueblo.
Las dos mujeres subieron al carruaje, y Servando, arreglando como pudo las riendas, siguió guiando, mientras que el médico se quedaba satisfecho de haberse librado, por el momento, de la observación de Eloísa y de Andrea y de tener que contestar a algunas preguntas embarazosas.

Eloísa ofreció de nuevo el extraño fenómeno de parecer vuelta, inopinadamente, a la salud.

Fué una prueba terrible para Andrea, quien se sorprendía de sentir que veía con tristeza la curación de su amiga, a quien, sin embargo, ella hubiese querido sacrificarlo todo, y sentía horror de sí misma. En los momentos en que su pasión desencadenada al fin con una extrema violencia no la cegaba por completo, ella lloraba por las angustias de su corazón. ¡Qué cambios tan enormes ha-

Y aprovechó una ligera recaída de la enferma para decidir a su madre y a ella que deberían pasar el invierno al halago del sol, en la dulce temperatura de la costa levantina.

El viaje fué pronto dispuesto. El día de la marcha estaba fijado ya, y la víspera Andrea sintió un impulso de rebeldía y dijo que no quería ir, que se encontraba mejor y no sentía la necesidad de marcharse. Fué preciso que Federico la hablara para convencerla, y a la noche siguiente, cuando Andrea y Eloísa se abrazaban y besaban, despidiéndose, entre todas aquellas señales de cariño, la separación parecía hacerse con miradas de desafío.

Una carta escrita por Andrea llegó un día a Eloísa. No era nada tranquilizadora. El médico quedó muy impresionado por algunos detalles que encerraba y que no le parecían de buena significación.

—¿Por qué no consuelas algo a tu amiga?—dijo a su mujer—. ¡Quién sabe si no la volverás a ver!

Eloísa sintió piedad y prometió los consuelos que la pedían. ¡Ella sabía tan

taba a escribir de nuevo, acercándose sin escrúpulo a la verdad.

Y Eloísa escribió esta otra carta:

«Debo decirte que mal impresionada, por un instante de decaimiento, hubo de exagerarte demasiado la gravedad en que me había vuelto a hallar. Federico, con sus cuidados y su cariño, me ha devuelto todas mis energías, es decir, la salud. No me extraña, porque me quiere tanto que puede probar hasta conseguir lo imposible, y lo conseguirá por hacerme feliz.

Olvida, por lo tanto, lo que te dije en mi carta anterior. No te inquietes por mi estado. No pienses mas que en restablecerte tú, y esta primavera pasearemos juntas. ¡Qué contenta estará entonces tu amiga de siempre!—Eloísa.»

Al otro día, cruzándose con la segunda carta, se recibía en casa del doctor Fresneda la contestación a la primera:

«Soy yo quien ha hecho mal en separarme de ti, mi querida Eloísa. Aquellos cuidados que yo te prodigaba, ¿de qué manos los recibes ahora? Cuánto te compadezco bajo ese cielo nublado y con la neblina que sube del río. Aquí todo es luz y calor. Figúrate unas colinas claras a cuyos pies viene el mar a deshacerse dulcemente al sol. Enfrente, y en un horizonte inmenso, todo es azul. No hay más remedio que sentirse una aferrada a la vida. Por eso me voy encontrando mejor, cada día mejor. Hasta creo, al contrario de lo que opina mi madre, que podré volver ahí antes del mes de marzo.

Me imaginó la tristeza de tu marido. Y me acuerdo de cuando tenías conmigo aquellas confidencias, en que te preocupabas del porvenir de Federico. Hubo luego una situación algo desagradable entre nosotras. Pero a la distancia en que nos encontramos y con la reflexión que nos permiten nuestros largos silencios, ¿no podríamos tratar de comprenderlos mejor? Me parecía últimamente que tu cariño por mí, antes fraternal, había disminuido. Tal vez me equivocó. ¿Quieres convencerme de que es verdad que me equivocaba? Pon enteramente tu pensamiento, severo o amable, en tu siempre amiga, Andrea.»

Esa fué la última carta que escribió Andrea. Las alternativas en que la habían lanzado una vez más las dos cartas de Eloísa, tan dispares, acabaron con lo poco de fortaleza que la quedaba.

En el mes de marzo volvió, efectivamente, a Aranjuez; pero fué para morir algunas horas después de su llegada. Su amiga de la niñez supo al mismo tiempo la noticia de su regreso y de su muerte.

Federico se sintió hondamente afectado por aquel fin de la enfermedad de Andrea, y angustiado por ese sentimiento se asombraba de cómo pudo en algún momento ver venir friamente la desaparición de su mujer, a la cual quería verdaderamente.

Pero Eloísa no volvió a proporcionarle ninguna inquietud. Acabó de curarse rápidamente y bien. Y algunas veces iba al cementerio a visitar la sepultura de su amiga.

Allí encontraba siempre a la madre de la muerta. Un día vió allí también a Sebastían, que todavía cojeaba un poco.

Pedro de REPIDE

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



bía sufrido! ¿Por qué se había dejado deslizar en aquella pendiente fatal, a cuyo fin ella acababa por desconocerse?

Frió manantial de amargas reflexiones. La pobre Andrea perdió toda su alegría. Sus noches, llenas en otro tiempo de sueños infantiles, color de rosa y de azul, eran largas y penosas en la fatiga del insomnio. La fiebre minaba ya su admirable constitución y marchitaba el color de sus mejillas. Pronto hubo que acudir a los recursos de la medicina, y fué el propio Federico quien con sus diarias visitas venía a la vez a combatir el mal físico y a alimentar el dolor moral que era la causa de aquel mal.

Eloísa era ahora quien, a su vez, venía a instalarse a la cabecera de su amiga, prodigándole atenciones y cuidados.

La situación amenazaba complicarse y empeorar, porque la madre de Andrea, a quien su hija había hecho confidencias a medias, y adivinando lo que quedaba, alarmábase por aquellas visitas diarias del doctor, de aquellas entrevistas que daban a Andrea una animación pasajera, pronta a dejar lugar a una completa postración.

Federico advirtió las suspicacias de la madre, y, por otra parte, veía que Andrea no tenía nada que ganar con que él la siguiese visitando por más tiempo.

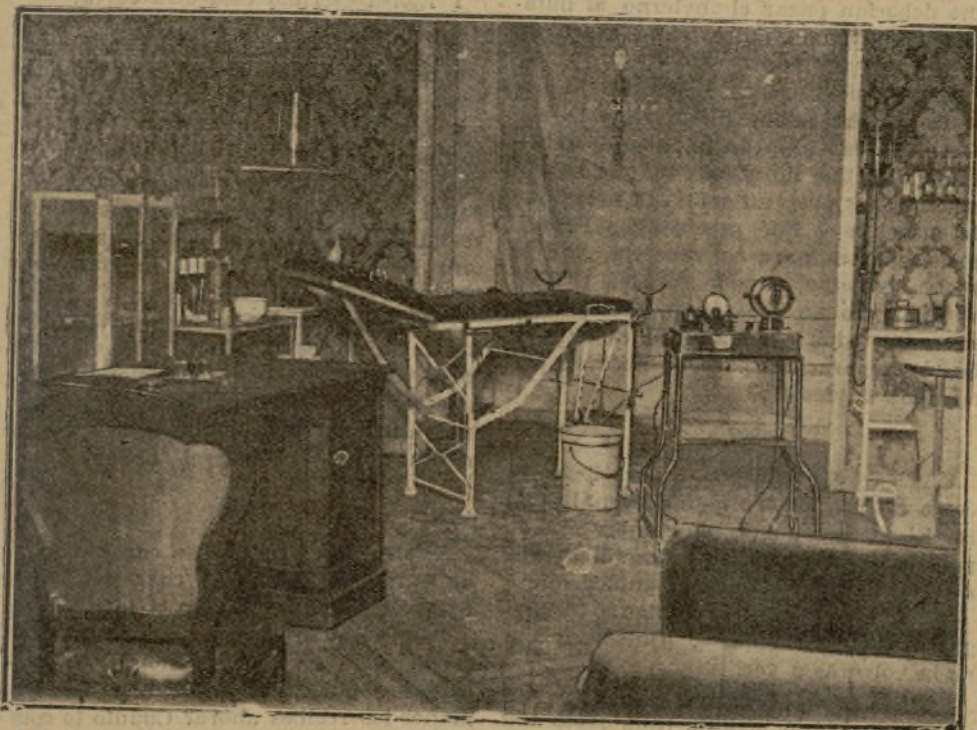
bien lo único que era capaz de reanimar a la moribunda! Y en aquella ocasión lo que había de bueno, y aun de mejor en ella, se reunía a cuanto tenía de malo y de peor para inspirarla una carta que así decía:

«Mi querida Andrea: Sé que sufres, y yo sufro de no estar a tu lado. Siento no haber ido contigo. Pero ya recibo el castigo de mi torpeza. He querido arrostrar el frío y la humedad del invierno de aquí, que, por la manera como empieza, va a ser uno de los peores que hemos conocido. Yo no salgo de casa y temo una enfermedad grave y que no me deje ya lugar a otros alivios engañosos como los que he tenido.

Acabaré de decirte, pues lo que antes te digo no es mas que prepararte para darte la noticia, que sé que has de lamentar, de que llevé muchos días en cama y en aquel mismo estado en que me viste hace unos meses. ¿Cómo terminará esto? Mucho me temo que cuando vuelvas con la primavera no encontrarás ya a tu amiga tan desgraciada, Eloísa.»

Cuando la carta estuvo ya en el Correo, la mujer de Federico se sintió espantada de su mala acción. ¿Podría reparar su desmán? Por desventura fué otra vez el genio maléfico quien la inci-

FUNDACION VERLEY



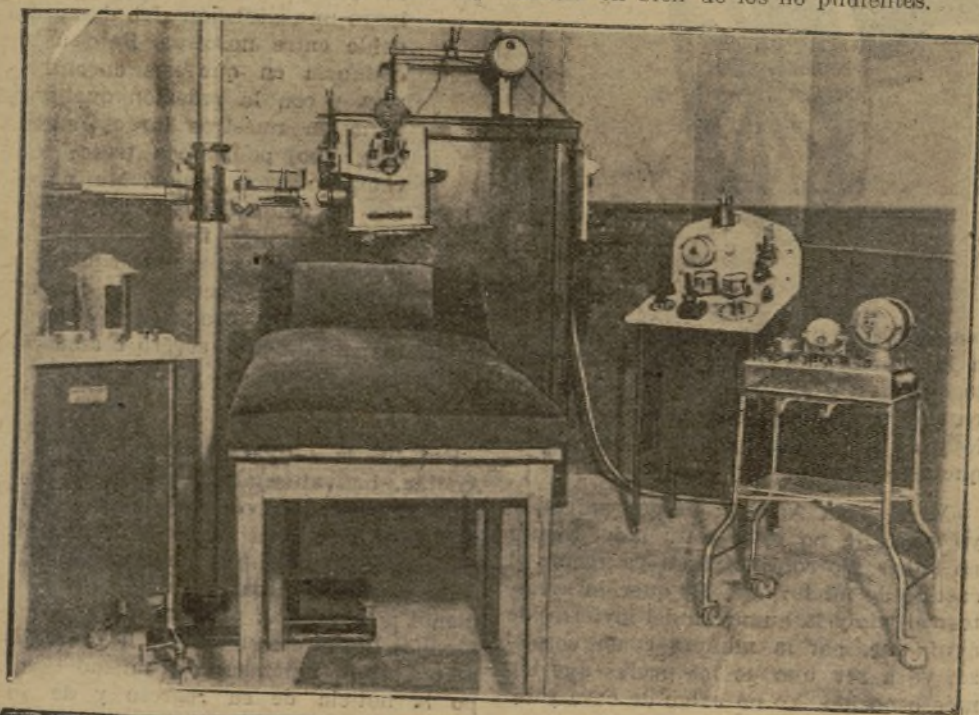
La vertiginosa marcha del mundo, que cada vez se acelera más, porque la inteligencia humana no descansa, lanzando siempre nuevas máquinas o nuevos procedimientos aprovechadores de energía y tiempo, y pretendiendo, muy legítimamente, una equiparación en las utilidades, ha traído en la época actual una elevación grande en el coste de la vida, y, como consecuencia obligada, la federación de elementos afines para contrarrestar en lo posible la subida y hacer compatible el uso de los modernos elementos, siempre caros, con los medios, no siempre muy abundantes, con que cuenta la mayor parte de la clase media.

A este fin, se han reunido en Madrid reconocidos y distinguidos especialistas,

dispuestos al ejercicio de la Medicina en sus distintas ramas, rodeados de los más modernos aparatos de rayos X, diatermia, electricidad, etc., y donde se hacen todo género de intervenciones médicas y quirúrgicas, siempre en relación con las fortunas más modestas.

La instalación de este nuevo Consultorio en la Gran Vía, 16, principal, es lujosa y completa, como hemos podido comprobar en nuestra visita, y lo más admirable de ella es que los enfermos de cualquier especialidad que acuden al Consultorio, no pagan más que cinco pesetas por consulta.

Felicitemos a los dignos profesores de la Fundación Verley por su rasgo humanitario, sacrificando dinero, tiempo y ciencia en bien de los no pudientes.



MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO
DE
EL IMPARCIAL
CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO
Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Acaba de aparecer

EL ARCHIPIÉLAGO MARAVILLOSO

Admirable novela en la que su autor,

LUIS ARAQUISTAIN

reafirma su prestigio de excelente narrador y exquisito prosista.

5 pesetas, en todas las librerías.

Al por mayor: **RIVADENEYRA**
GRAN VÍA, 8 Y 10

APARIENCIA ENGANOSA

Siempre que pasábamos por la Carrera de San Jerónimo nos deteníamos ante las vitrinas del artístico fotógrafo Antonio Prast, admirando las obras que expone, y, por fin, nos decidimos a subir a su estudio, venciendo la idea que teníamos de que su trabajo no debe ser más que para personas admiradas.

Confesamos que la impresión de su establecimiento acrecentó nuestra opinión: aquello es casi un palacio. Pero sin vacilar, aunque con cierto temor, preguntamos precios, y no salimos de nuestro asombro al conocerlos, diciéndose así francamente al dependiente.

Al escuchar nuestros razonamientos, salió el propio Sr. Prast, quien, agradeciendo atentamente nuestra sincera opinión, nos dijo:

—Ya sé que todo el mundo cree eso de

mis precios, lo cual, en principio satisface, pues demuestra que el co, al juzgar caros mis trabajos, es que los considera buenos. Sin embargo como usted ve, mis precios son modestos: trabajo barato y bien. Como no ignora, el gremio tiene prohibido bajar precios, y a este acuerdo he adherido, aunque confío que no será mucho tiempo.

Ya lo sabe el público: Prast, el grafo, trabaja con precios asequibles todo el mundo.

LIBROS RECIBIDOS

Cosmópolis, la chica, por Adolfo tin Polanco.—Nuestro querido compañero de Redacción, cuyas crónicas hipofirmadas con el pseudónimo de «Nihil», modelo en su género, tan buenas son por nuestros lectores, acaba publicar, con el título de *Cosmópolis, la chica*, una interesante novela, llena de gracia y amenidad, deliciosamente vola y, a la vez, con honduras de su velada suavemente tras de un fin morismo. Tanto por su asunto como sus muchos aciertos de descripción cológica y bellezas de diálogo, esta la de nuestro ilustre compañero significa una obra lograda.

El espejo de su alma, por José de Pinedo.—El exquisito novelista y poeta, que recientemente publicó, bajo el título de «Amor», una selección de poesías del divino Verlaine, vertidas al castellano en versos magníficos, ha de lanzar a la luz pública una novela, titulada *El espejo de su alma*, llena de interés y de emoción, y, en todas las suyas, admirablemente escrita.

CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

